

Contacto y adaptación en torno al río Magdalena: un análisis dual del combate anfibio en contextos fluviales (1536-1538)

**Contact and adaptation around the Magdalena River:
A dual analysis of amphibious combat
in fluvial environments (1536-1538)**

Daniel Miguel Nieva Sanz
Universidad de Cádiz
daniel.nievasanz@gmail.com

Resumen: La relación entre el ser humano y el medio acuático estuvo históricamente sujeta a un fuerte condicionamiento que lo impregna todo. El presente artículo analiza esos condicionantes logísticos, tácticos y humanos que el contexto fluvial impuso a la expedición de Gonzalo Jiménez de Quesada (1536-1538), así como las particularidades del contacto y la conflictividad con los grupos étnicos que poblaban las riberas del río Grande de la Magdalena (Colombia). De este modo, si bien el estudio de la expedición castellana puede encuadrarse en el marco de las investigaciones internacionales sobre las huestes de conquista, es necesario abordar el análisis de su condición fluvial, teniendo en cuenta la dificultad de avance en un medio natural de densa espesura y fuertes corrientes, la alta morbilidad y mortalidad derivada, y los procesos de aprendizaje y adaptación exigidos a una tropa que combinaba veteranos de Indias y recién llegados de la península. En este sentido, el estudio gira en torno al marcado carácter anfibio del combate, lo que implicó el empleo mutuo de apoyos tierra-agua con hombres y embarcaciones, además de otras tácticas de guerra fluvial dominadas por las poblaciones indígenas tras siglos de experiencia en la cuenca del río Grande. Desde el punto de vista metodológico, además de una marcada perspectiva etnohistórica en lo que se refiere al estudio dual del fenómeno, la investigación se basa en un

pormenorizado trabajo historiográfico sobre fuentes primarias, manuscritas y editadas, que posibilita la crítica y clasificación de estas, imprescindible para conocer los matices de los que se compone el presente objeto de estudio. Asimismo, los resultados se ponen en diálogo con las investigaciones sectoriales sobre la materia, con el fin de contribuir con la generación de conocimiento sobre un proceso de conquista en el que los ríos, principales vías de acceso al interior continental, ejercieron un papel fundamental en la penetración efectiva en el subcontinente austral americano.

Palabras clave: contacto, combate anfibio, bergantines, canoas, hueste de conquista.

Abstract: The relationship between humans and the aquatic environment was historically subject to a strong conditioning that permeated everything. This article analyzes the logistical, tactical and human conditioning factors that the fluvial landscape imposed on the expedition of Gonzalo Jiménez de Quesada (1536-1538), as well as the particularities of contacts and conflicts with the ethnic groups that populated the banks of the Magdalena River (Colombia). Thus, although the study of the Spanish expedition could be accommodated within the framework of international research on conquering armies, it is necessary to incorporate the analysis of its fluvial conditioning, considering the difficulty of marching through a natural landscape of dense vegetation and powerful water streams, the resulting high morbidity and mortality and the learning and adaptation processes required of a troop which combined Indies veterans and newcomers from the Peninsula. In this sense, the present study revolves around the marked amphibious nature of the combats, which involved the use of additional men and boats as land-water support on both sides together with other river warfare tactics mastered by the indigenous populations after centuries of experience in the river basin. From a methodological point of view, in addition to a marked ethnohistorical perspective regarding the dual study of the phenomenon, this research is based on a detailed historiographic work on primary sources —handwritten and edited—, which opens the way for their critique and classification and, therefore, for a sufficiently nuanced definition of the present object of study. The conclusions will be put in dialogue with sectoral research on the subject in order to contribute to the generation of knowledge on a process of conquest in which rivers —main access routes to the continental interior— played a fundamental role in the effective penetration into the southern American subcontinent.

Keywords: contact, amphibious combat, brigantines, canoes, conquering troops.

Para citar este artículo: Daniel Miguel NIEVA SANZ: “Contacto y adaptación en torno al río Magdalena: un análisis dual del combate anfibio en contextos fluviales (1536-1538)”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 12, N° 25 (2023), pp. 129-150.

Recibido 18/12/2022

Aceptado 28/07/2023

Contacto y adaptación en torno al río Magdalena: un análisis dual del combate anfibio en contextos fluviales (1536-1538)

Daniel Miguel Nieva Sanz

Universidad de Cádiz

daniel.nievasanz@gmail.com

Introducción

La cadencia y número de expediciones de exploración y conquista a través de los ríos americanos durante los primeros cincuenta años del siglo XVI, denotan la relevancia estratégica de unos cursos fluviales que constituían las principales vías de penetración a un vasto y cuasi inaccesible interior continental, incluso, desde época prehispánica.¹ En el caso del río Magdalena, mayor vía fluvial al noroeste sudamericano,² si bien ha sido tratado de forma indirecta en biografías de los conquistadores (como las publicadas por Ballesteros o Avellaneda), quizá bien merece un abordaje específico sobre las particularidades que se desarrollaron en las dinámicas de contacto en torno al río y su dominio.³ No obstante, los trabajos sobre las “huestes de conquista” suponen una base notable para el desarrollo de la presente investigación en lo relativo a su lógica organizativa. Para ello es preciso tener en cuenta las obras de Francesco D’Esposito, Carmen Gómez o Juan Marchena, cuya labor historiográfica proporciona un marco interesante en el que cotejar la información con otros casos de la primera

¹ En el caso del río Magdalena se desataca tempranamente el dinamismo indígena en lo relativo a la circulación de panes de sal, pues «si la de grano subía por el dicho río, esta otra abaxava», Gonzalo JIMÉNEZ DE QUESADA (atrib.): *Epítome de la conquista del Nuevo Reino de Granada* (1539), Archivo Histórico Nacional (AHN), Diversos-Colecciones, 22, n. 27.

² El río Magdalena transcurre a lo largo de unos 1500 km, desde su nacimiento en el macizo colombiano, hasta su desembocadura en el mar Caribe. Se trata de un río de un caudal extraordinario, fuerte corriente y alta capacidad erosiva, lo que genera un arrastre y acumulación de sedimento en el curso bajo (contexto del presente estudio), que da lugar a notable cambios de profundidad y potenciales accidentes con troncos y ramajes arrastrados. Asimismo, el tránsito por sus riberas está condicionado por la humedad y la alta pluviosidad, así como las crecidas que transforman el territorio de forma drástica. Véase Juan RESTREPO, Andrés CÁRDENAS, Juan PANIAGUA y Luz JIMÉNEZ: “Aspectos físicos de la cuenca del río Magdalena. Colombia: geología, hidrología, sedimentos, conectividad, ecosistemas acuáticos e implicaciones para la biota”, en Luz JIMÉNEZ y Carlos LASSO (eds.), *Peces de la cuenca del río Magdalena, Colombia: diversidad, conservación y uso sostenible*, Bogotá, Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt, 2020.

³ Manuel BALLESTEROS GAIBROIS: *Gonzalo Jiménez De Quesada*, Madrid, Historia 16, 1987; José Ignacio AVELLANEDA NAVAS: *La expedición de Sebastián de Belalcázar al mar del norte y su llegada al Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, Banco de la República, 1992. Aunque de forma tangencial, son también destacables obras de Juan FRIEDE: “El Bajo Magdalena: documentos”, *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 11:1 (1968), y *Los Chibchas bajo la dominación española*, Bogotá, La Carreta, 1974.

mitad del siglo XVI, y evaluar así las diferencias impuestas por la condición fluvial de la expedición analizada en nuestro caso.⁴

Por otro lado, es notable la ausencia del “otro” en los análisis sobre este tipo de expediciones, lo que además de omitir una de las partes, simplifica todo el proceso, pues impide generalmente conocer con detalle la complejidad de la relación con el medio fluvial. Es decir, el éxito del progresar por este medio descansa en el aprendizaje y adaptación respecto al desarrollo vital de distintos grupos étnicos en el entorno, tanto en la náutica como en el combate. Son precisamente estos procesos indígenas de uso y adaptación los que fueron parcialmente emulados por los castellanos en su avance de conquista, dominio y establecimiento en los cursos fluviales americanos. No obstante, se requiere profundizar sobre la posible importancia de experiencias semejantes previas, como virtud destacable a la hora de organizar una hueste de esta naturaleza.

Precisamente, en lo que se refiere a la experiencia y adaptación coyuntural castellana, estamos ante la posibilidad de analizar un nuevo proceso de formación del llamado “hombre de frontera”, como el conocido bien en el contexto hispano-musulmán peninsular y en su eficiente desempeño en las relaciones interconfesionales posteriores.⁵ Pese a que se trata de una figura muy estudiada en el contexto peninsular hispano, cuenta con un origen muy antiguo y difuso, por lo que hallamos una nueva oportunidad de análisis en siglo XVI con el castellano que pisó por vez primera territorio americano, se adaptó y sobrevivió a las dificultades concurrentes por medio de la experiencia y el aprendizaje, tanto del terreno como de sus gentes.

En este sentido, la presente investigación analiza el desarrollo logístico, táctico y humano de la expedición castellana iniciada en 1536 que remontaría el río Magdalena, cuya importancia en el proceso de conquista se subraya tras la fundación de Santa Fe de Bogotá, dos años más tarde, por Gonzalo Jiménez de Quesada.⁶ No obstante, el estudio se centra en el desarrollo de la hueste en su fase fluvial, donde se combina de forma extraordinaria el proceso de aprendizaje y adaptación del soldado castellano a un entorno nuevo, la presencia de analogías con lo propio como método de comprensión de esa nueva realidad y, un marcado carácter anfíbio en el combate, que abarca el empleo mutuo de apoyos tierra-agua por medio de hombres y naves junto a una amplia gama de tácticas de guerra irregular por parte de las poblaciones ribereñas, adaptadas desde siglos a los condicionantes impuesto por un curso fluvial de esa magnitud. En este

⁴ Juan MARCHENA y Ramón ROMERO: “El origen de la hueste y de la institución militar indianas en la Guerra de Granada”, en Bilbaino TORRES y José J. HERNÁNDEZ PALOMO, *Andalucía y América en el siglo XVI. Actas de las II Jornadas de Andalucía y América*, Sevilla Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, 1983; Carmen GÓMEZ y Juan MARCHENA: “Los señores de la guerra en la conquista”, *Anuario de Estudios Americanos* 42 (1985), pp. 127-215; y Francesco D’ESPOSITO: “La hueste indiana en los protocolos notariales de Sevilla: las primeras expediciones al Río de la Plata (1534-1552)”, *Temas Americanistas*, 29 (2012), pp. 65-81.

⁵ Véase Francesco CAPRIOLI y Rubén GONZÁLEZ CUERVA (eds.): *Reconocer al infiel: la representación en la diplomacia hispano-musulmana (siglos XVI y XVII)*, Madrid, Sílex, 2021.

⁶ Gonzalo JIMÉNEZ DE QUESADA: op. cit.

sentido, el presente trabajo también se integra en los estudios sobre la guerra anfibia,⁷ y la guerra no convencional pues, si bien es usual en estudios sobre los siglos XIX y XX,⁸ era una realidad táctica desde periodos anteriores,⁹ pudiendo en este caso analizarlo a inicios de la Edad Moderna.

Por último, desde el punto de vista metodológico, además de un enfoque etnohistórico, ha sido precisa una intensa labor historiográfica en lo relativo a la búsqueda, localización y análisis de fuentes primarias, manuscritas y editadas; así como una clasificación de las crónicas coetáneas y tardías que recogen el desarrollo de una expedición menos conocida, especialmente en su faceta anfibia, pero clave para la comprensión del papel de las vías fluviales en el proceso de conquista de América del Sur.¹⁰

La expedición de Gonzalo Jiménez de Quesada: soldados y naves

Como antesala al núcleo de la presente investigación, son precisas algunas puntadas respecto a las huestes o expediciones de conquista en Indias. Estas constituyen una cierta continuidad del *modus operandi* bajomedieval peninsular, aunque adquieren características nuevas por la propia condición del destino lejano, cuasi autónomo respecto a un control efectivo y cargado de las más altas expectativas, tanto por la novedad como por el imaginario caballeresco tan extendido en el Siglo de Oro español.¹¹ A diferencia del proceder medieval en las mesnadas, en el caso indiano no hay ni obligatoriedad ni vínculo feudo-vasallático entre el capitán y la tropa, sino la participación en una empresa común cuyas expectativas de riqueza, fama y honra son tan desorbitadas que la voluntariedad es la tónica general a fin de lograr ese anhelado ascenso social; es decir, medrar dentro de los márgenes que hidalgos o plebeyos contemplan.¹² En el caso que nos ocupa, además, hemos de añadir una motivación que prima sobre todas las demás, la desesperación sufrida en Santa Marta, donde las opciones de supervivencia se habían reducido al mínimo, siendo la única salida honrosa una huida hacia adelante que

⁷ Mariana FAVILA: “La guerra anfibia en los lagos del Valle de México y su relación con la caída de México Tenochtitlan en 1521”, México, Noticonquista. Disponible en: <http://www.noticonquista.unam.mx/amoxltli/2711/2704>

⁸ Alberto GUERRERO MARTÍN: “La guerra irregular en el pensamiento militar español decimonónico (1863-1898)”, *Revista Universitaria De Historia Militar*, 11:23 (2023), pp. 16–39.

⁹ Borja ANTELA-BERNÁRDEZ: “La guerra sucia de Alejandro: las guerrillas bactrio-sogdianas”. *Revista Universitaria De Historia Militar*, 7-14 (2018), pp. 35-55.

¹⁰ Juan de CASTELLANOS: *Elegías de varones ilustres de Indias compuestas por Juan Castellanos*, Tomo I, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2007 [1589]; Fray Pedro de AGUADO: *Recopilación Histórica* [escrita en el siglo XVI], 1ª edición, Bogotá, Imprenta Nacional, 1906; Pedro SIMÓN: *Noticias Historiales de la conquista de Tierra Firme en las Indias occidentales*, Bogotá, Editorial de Medardo Rivas, 1891; Lucas Fernández de PIEDRAHÍTA: *Historia general de la conquista del Nuevo Reyno de Granada*, Madrid, 1688; Antonio JULIÁN: *La perla de América: Provincia de Santa Marta*, Madrid, por Don Antonio de Sancha, 1787; y Joaquín ACOSTA: *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada en el siglo decimosexto*, París, [s.n.], 1848.

¹¹ Juan MARCHENA y Ramón ROMERO: op. cit., pp. 92-94.

¹² Carmen GÓMEZ y Juan MARCHENA: op. cit., p. 169.

soportara al menos la esperanza de un futuro mejor.¹³ Es decir, tras su fundación por Rodrigo de Bastidas hacia 1525, la ciudad de Santa Marta había soportado el asesinato de su gobernador, crisis internas con gobernadores coyunturales, hambre, enfermedad y muertes como consecuencia de todo ello. Desde el punto de vista fluvial, durante el gobierno de García de Lerma (1528-1535) se superaron algunos hándicaps respecto a las esperanzas de remontaje del río Magdalena, pero aún no respondía a las altas expectativas depositadas sobre la joven ciudad samaria, considerada la puerta de Tierra Firme.

En este funesto panorama, el nuevo gobernador Fernández de Lugo, optó por jugar su última carta dejando tan solo un reducido destacamento para su seguridad y la de los enfermos, mujeres, niños y desvalidos, y enviar alrededor de un millar de hombres -a pie y a bordo- en una expedición desesperada que debía remontar con éxito el Río Grande de la Magdalena; penetrar al interior de Tierra Firme, hallar las riquezas que intuían por “lenguas de indios” y, de algún modo, dar sentido estratégico a la ciudad de Santa Marta gobernada por su persona.¹⁴ Los cerca de mil hombres con los que la expedición de Quesada partió de Santa Marta la convierten en una de las más numerosas, si la comparamos con los 600 de Hernán Cortés, y menos de 200 en los casos de Pedro de Heredia o Francisco Pizarro,¹⁵ lo que nos habla de las condiciones excepcionales en las que se produjo. No obstante, respecto a las cifras no existe unanimidad en las fuentes, aunque si podemos confirmar que estaría en torno a los seiscientos soldados de a pie, cien de a caballo y una tripulación nutrida en los bergantines (Ver tabla 1),¹⁶ naves cuyo número final en el ascenso se sitúa en cinco.¹⁷

Cronistas	1º Tanda	Tierra	Caballos	A bordo	2º Tanda
Aguado	900	600	100	200	3 berg.+15 naufragos
Quesada	-	600	100	2 compañías	-
Castellanos	1000	500	60	460	200
Simón	800	600	100	200	200
Acosta	980	700	80	200	
Piedrahita	800	620	85	180	180

Tabla 1. Tabla que recoge las cifras de la expedición y su referencia en cada crónica (elaboración propia). Fuente: Aguado pp. 78 y 83; Quesada 1v.; Castellanos pp. 435 y 437; Simón pp.59 y 65; Acosta p.106; Piedrahita pp. 124 y 102-104.

¹³ Además del propio *Epítome*, Gonzalo JIMÉNEZ DE QUESADA: op. cit., fol. 1v; son numerosos los testimonios que confirman la situación extrema de Santa Marta. Carta de Fray Tomas Toro Cabrera al Consejo de Indias, Cartagena de Indias, 31 de mayo de 1535, Archivo General de Indias (en adelante AGI), Justicia, 1123, fol. 2v.

¹⁴ Pedro SIMÓN: op. cit., pp. 58-59; y Pedro de AGUADO: op. cit., pp. 54-55.

¹⁵ Carmen GÓMEZ y Juan MARCHENA: op. cit., pp. 132, 137 y 142.

¹⁶ Pedro de AGUADO: op. cit., p. 78; Gonzalo JIMÉNEZ DE QUESADA: op. cit., fol. 1v; Juan de CASTELLANOS: op. cit., p. 435; y Lucas Fernández de PIEDRAHITA: op. cit., p. 101.

¹⁷ Daniel Miguel NIEVA SANZ: “Un estudio sobre la interrelación entre la náutica castellana y la indígena en el primer remontaje del río Magdalena (1525-1538)”, *Temas Americanistas*, 49 (2022), p. 460.

Si analizamos con mayor detalle su composición, vemos que la hueste a pie contó al inicio con 7 capitanes «personas calificadas de mucho lustre y valor». ¹⁸ Los capitanes son los hidalgos con mayor fama o que aportan mayor cantidad de armas u hombres a la iniciativa, mandando en este caso una compañía de “gente de guerra” o una nave y su tripulación en caso de los capitanes que irían por el río. ¹⁹ Siguiendo las pautas de organización mencionadas, lo que se produce es una suerte de «ajuntamiento» en torno a un capitán con el que unen de algún modo el destino en torno al éxito o fracaso de la empresa, por lo que generalmente no hay salario, sino promesa de un reparto del botín establecido previamente. ²⁰ Recordamos que las huestes de conquista se financian generalmente por cuatro vías: los caudales aportados por el principal y poseedor de la capitulación con la Corona, seguido de los capitanes o “gente principal”, el aporte personal en armas o caballos de los componentes de baja jerarquía y, por último y no por ello con menor peso en la financiación, prestamistas o socios inversores que no participaban de forma directa en la hueste, pero sí en el reparto posterior. ²¹

En este caso, se trata de una hueste organizada en Indias, pero que, salvo algunos veteranos de Santa Marta, el grueso de la expedición provenía de la gente y los capitanes llegados con Fernández de Lugo bajo la capitulación acordada con la Corona. Como era habitual establece una serie de condiciones entre las que está el llevar a su costa «mil y quinientos hombres de pie escopeteros e arcabuceros y ballesteros e rrodilleros y doscientos hombres de a caballo con caballos e hiegvas de silla», además de permitir su desarrollo bajo condiciones y límites prefijados; fundamentalmente, en lo relativo a no sobrepasar las jurisdicciones de Cartagena y Venezuela, «con tanto que no entreis en los limites y terminos de las otras provincias questan encomendadas a otros gobernadores». ²²

En segundo lugar, sabemos de la presencia de caballeros o gente de a caballo, hidalgos quizá menos notorios que los principales capitanes, pero de gran estima y capaces de costearse el mantenimiento de su principal instrumento de guerra. Según los estudios de Gómez y Marchena sobre casos paralelos, solían constituir un tercio del total, formando la “médula operativa” de la hueste, ²³ lo que tiene lógica en sentido

¹⁸ Según QUESADA los capitanes de la gente de guerra eran: Juan de San Martín, Juan de Céspedes, Pedro Fernández de Valenzuela, Lázaro Fonte, Antonio de Lebrija, Juan de Junco, Gonzalo Juárez, Quesada, extracto 2v-3r; confirmado por Lucas Fernández de PIEDRAHÍTA: op. cit., p. 102 y Pedro de AGUADO: op. cit., p. 78. A quienes Juan de Castellanos añade a Baltasar Maldonado y a Hieronimo de Insa, capitán de los macheteros. Véase op. cit., p. 434.

¹⁹ Los capitanes de las naves y gente de mar eran: Diego de Urbina, Juan Chamorro, Antonio Díez Cardoso, Luis de Manjarrés y un tal Albarraçín. Pedro de AGUADO: op. cit., p. 78 y Lucas Fernández DE PIEDRAHÍTA: op. cit., p. 102.

²⁰ Carmen GÓMEZ y Juan MARCHENA: op. cit., p. 156; y Juan MARCHENA y Ramón ROMERO: op. cit., p. 110.

²¹ Francesco D'ESPOSITO: op. cit., p. 69.

²² *Capitulación con Pedro Fernández de Lugo*, Madrid, 22 de enero de 1535, AGI, Indiferente, 415, L.1., 51v.

²³ Carmen GÓMEZ y Juan MARCHENA: op. cit., p. 173.

general, teniendo en cuenta el potencial físico, estratégico y psicológico del caballo en una América en la que no existía parangón zoológico. No obstante, las expediciones fluviales se caracterizan por unas exigencias muy concretas que no solo atañen a las naves que remontan el curso, sino también a las tropas que avanzan por sus riberas y sufren la crecida de sus aguas, razón por la cual los caballos no ostentaron, al menos en la fase fluvial, un rol táctico notable ni constituyeron un tercio del total, sino que los datos recogidos en las crónicas indican que se trató de entre un 10 y un 20% dependiendo si contamos o no al grupo de a bordo.²⁴



Mapa 1. Aproximación geográfica a la ruta de la expedición fluvial y los primeros puntos de referencia y primeras fundaciones castellanas sobre la Traça chorographica de lo contenido en los tres brazos que cerca de la ciudad de Popayan (1570). 1. Santa Marta; 2. Cartagena de Indias; 3. Malambo (aproximado); 4. San Sebastián de Tenerife; 5. Santa Cruz de Mompox; 6. Sompallón (aproximado) 7. La Tora (aproximado) / Barrancabermeja; 8. Santa Fe de Bogotá / fuera de mapa (dcha.). Fuente: Real Academia de la Historia (RAH), C-028-022 y adaptación de Google Earth.

En lo relativo a la composición de la gente de a pie, se trata del escalón más modesto conformado por hombres libres “hijos de” u “hombres de honra”, que apenas

²⁴ Se relatan situaciones en las que la crecida obligaba a dormir a los hombres en los árboles y los caballos durante días con el agua hasta la barriga, en Pedro SIMÓN: op. cit., p. 93; y Pedro de AGUADO: op. cit., p. 98.

disponen de recursos para su panoplia.²⁵ De nuevo, las condiciones fluviales desaparejan los números respecto al común de las expediciones terrestres, pues si lo habitual es que constituyan la mitad del total, en este caso superan el 60%, a quien podríamos sumar la gente de mar que logra reunificarse en Sompallón (en algún punto que fluctúa entre las actuales localidades de El Banco, Tamalameque y las proximidades de la Ciénaga de Zapatoza. Ver mapa 1), propiciando una reorganización de la hueste, pues pese a las dudas planteadas por Marchena y Romero sobre este tipo de movilidad ocupacional,²⁶ en el Magdalena se produce de forma clara.²⁷ No obstante, cabe señalar que se trata de un contexto fluvial y que la “gente de mar” no es sino la parte más marinera de los efectivos disponibles en Santa Marta, a la cual se destina a las naves que darían apoyo a la hueste a pie, lo que permite descartar que se tratase de categorías fijas e inmutables, sino más bien coyunturales.

La información respecto a las ocupaciones varía entre unas crónicas y otras, pero podemos confirmar la presencia de rodeleros, ballesteros y arcabuceros, además de macheteros y un portaestandarte real al inicio de la expedición.²⁸ En cualquier caso y pese a la relación concisa del cronista tardío Piedrahíta respecto a la tropa superviviente llegada a La Tora (Ver tabla 2), más que categorías cerradas constituía una muestra de especialidades necesarias para la expedición, cuyos actores podían ejercer una o varias en función de la coyuntura.²⁹ De hecho, los términos empleados para definirse a sí mismos u a otros dentro de la estructura de la expedición no son fijos, sino que “gente de guerra” abarcaba un gran número de personas cuyo rol fluctuaba en función de la coyuntura en un territorio realmente exigente. A lo que se añade mayor confusión si tenemos en cuenta la intencionalidad del que se define o es definido por el cronista, escribano o parte interesada en función del reparto o consideración que ha de tener, sumando o restando responsabilidad, funciones o méritos.³⁰

Además de los capitanes, caballeros, gente de guerra y gente de mar, la expedición también contaba con la llamada gente de servicio, compuesta por los indígenas que «acostumbraban llevar por cargureros» y las mujeres indígenas de algunos capitanes,³¹ así como lenguas y guías de enorme importancia para el progresar en territorios parcial

²⁵ Carmen GÓMEZ y Juan MARCHENA: op. cit., pp. 163-164.

²⁶ Plantean una cierta inmovilidad fijada en origen entre la condición de gente de guerra y gente de mar, véase Juan MARCHENA y Ramón ROMERO: op. cit., p. 94.

²⁷ Esta reorganización lleva a que en La Tora todos los enfermos y heridos vuelvan en los bergantines, para que el resto continuara sierra arriba. En Pedro de AGUADO: op. cit., pp. 95 y 112-113.

²⁸ *Capitulación con Pedro Fernández de Lugo*, Madrid, 22 de enero de 1535, AGI, Indiferente, 415, L.1., 51v. y Lucas Fernández DE PIEDRAHÍTA: op. cit., p. 102.

²⁹ Pedro SIMÓN: op. cit., p. 73. Véase también Carmen GÓMEZ y Juan MARCHENA: op. cit., p. 170.

³⁰ Treinta años más tarde Jiménez de Quesada refleja los méritos de sus hombres. *Memoria de los descubridores del Nuevo Reino de Granada*, Gonzalo Jiménez de Quesada, sf., AGI, Patronato, 27, R.39.

³¹ Lucas Fernández de PIEDRAHÍTA: op. cit., p. 101; y Juan de CASTELLANOS: op. cit., p. 435. Y respecto a las relaciones entre castellanos y mujeres indígenas en Santa Marta se refleja en la sorpresa de aquellos llegados con Fernández de Lugo que clamaban antes la escena de los veteranos: “una pobre hamaca en vuestro lecho, una india bestial por compañera”: *Ibíd.*, p. 421.

o totalmente desconocidos.³² Generalmente, en esta categoría también se incluyen oficios como carpinteros de ribera, herreros y cirujanos; así como técnicos artilleros que solían ser italianos y griegos.³³

Tipo de soldadesca	Número
Jinetes	62
Rodeleros	77
Arcabuceros	12
Ballesteros	15

Tabla 2. Tabla que refleja condición y número de tropa que continuó desde La Tora tras separarse de los enfermos y heridos (Elaboración propia). Fuente: Piedrahíta, p. 124.

Asimismo, las crónicas destacan la ausencia total de caminos, sendas o senderos pues «los indios por agua se mandaban»,³⁴ por lo que en este punto resulta fundamental para la comprensión de la complejidad táctica de la expedición la mención de los «macheteros» o «azadonaros», una suerte de gastadores organizados y mandados por el «capitán de macheteros» o «capitán de gastadores»,³⁵ cuya función era la de abrir camino donde no había a punta de azadones, machetes y hachas, como destaca Castellanos: «vuelven los macheteros a su oficio, haciendo de espesura partes rasas». ³⁶ Se trataba de una tarea que requería tiempo como destaca Acosta cuando afirma que «gastaban los macheteros ocho días en abrir el camino que debía recorrerse en uno solo». Además, estos soldados de vanguardia cumplían una imprescindible función zapadora mediante la construcción de «puentes de madera y otras máquinas y artificios con que poder atravesar las hondables ciénagas, inundaciones y ríos que por su hondura no se podían vadear». ³⁷ Estos estaban más expuestos a los peligros del río, tanto en posiciones avanzadas en la espesura a merced de jaguares, como en su rol anfibio con el agua «hasta los sobacos» habilitando algún paso donde los caimanes y anacondas esperaban oportunidad. ³⁸

Ese avance anfibio, al que los entornos fluviales de cerrada espesura obligan, tiene implicaciones físicas y psicológicas en el conjunto de la expedición. Esta coyuntura particular propicia un proceso de adaptación acelerado por medio del aprendizaje

³² Juan de CASTELLANOS se refiere así: “Van baquianos a las armas hechos, en aquellos trabajos muy curtidos, de bélicos arcos y pertrechos, todos medianamente proveidos”: op. cit., p. 434.

³³ Carmen GÓMEZ y Juan MARCHENA: op. cit., pp. 164 y 173.

³⁴ Juan de CASTELLANOS: op. cit., p. 439.

³⁵ Pedro de AGUADO: op. cit., p. 49.

³⁶ Juan de CASTELLANOS: op. cit., p. 448.

³⁷ Joaquín ACOSTA: op. cit., p. 117; y Pedro de AGUADO: op. cit., p. 90.

³⁸ Pedro de AGUADO: op. cit., p. 53; y Juan de CASTELLANOS: op. cit., p. 441.

empírico al que muchos sucumbían. Además, al alejarse del entorno acuoso los riesgos eran iguales o mayores debido a las acometidas de jaguares y tigrillos que asaltaban la columna, a pesar de haber gente armada, sin poder liberar a las víctimas. A esto se añadían «aves carniceras», mosquitos y gusanos que llamaron «barros» al compararlos con los gusanos que en Castilla se meten en los bueyes.³⁹ Este detalle es interesante por dos razones; por un lado, nos permite aproximarnos a cómo al inicio de los procesos de comprensión de lo desconocido son necesarias analogías con lo propio. Por otro, permite apuntalar la afirmación de Marchena respecto a que la población rural castellana constituyó a partir de la tercera década de la centuria el mayor porcentaje de participación en las expediciones de conquista.⁴⁰

No obstante, no solo los riesgos del entorno amenazaban la vida de los soldados a pie, sino que el hambre constituía uno de los mayores peligros, pues pasaban jornadas sin dar bocado de consideración, alimentándose de raíces y tallos tiernos, así como toda lagartija, sapo, culebra y ratón a su alcance, incluso cocieron todo elemento de cuero que llevaban como había acaecido en la expedición de Magallanes-Elcano cuando atravesaron el Pacífico.⁴¹ Además, la gente de a pie llegó a matar ocultamente los caballos de la expedición con el fin de que, una vez muertos, se repartiera su carne entre los hombres.⁴² Esta práctica acabó castigándose con severidad, pues si recordamos la orgánica de la hueste, la gente de a caballo gozaba de una mayor consideración, además de constituir una ventaja importante de cara a los posibles combates en campo abierto que pudieran darse en fases posteriores. Sin embargo, no podemos olvidar la inanición como condicionante impuesto por las condiciones extremas de las riberas abruptas del Magdalena. Esta, sufrida intensamente durante la fase fluvial de la expedición, nos lleva a un interesante análisis respecto a la práctica de la antropofagia observada y señalada en los “otros”, pero, según fray Pedro de Aguado, practicada también por los castellanos «por conservar su vida».⁴³ Si bien cada cultura cuenta con cierta clasificación alimenticia —siendo ‘comestibles’ y ‘no comestibles’ la diferenciación más elemental—⁴⁴, en coyunturas de supervivencia vemos cómo se pueden transgredir los códigos culturales y acceder a esos “no alimentos” o incluso alimentos censurados, como indica con sutileza Juan de Castellanos al asegurar que «la hambrienta gana y atrevida, ninguna cosa halla proivida».⁴⁵

³⁹ *Ibíd.*, pp. 439-443.

⁴⁰ Carmen GÓMEZ y Juan MARCHENA: *op. cit.*, p. 163.

⁴¹ Antonio PIGAFETTA: *Primer viaje en torno del globo*, 1ª edición castellano 1882, Valladolid, Maxtor, 2017, p. 45.

⁴² Juan de CASTELLANOS: *op. cit.*, p. 441; Pedro de AGUADO: *op. cit.*, p. 91; y Pedro SIMÓN: *op. cit.*, p. 93.

⁴³ Pedro de AGUADO: *op. cit.*, p. 53; y Pedro SIMÓN: *op. cit.*, p. 80.

⁴⁴ Óscar Eduardo RUEDA PIMIENTO: “Consideraciones en torno a la alimentación en la expedición de Gonzalo Jiménez de Quesada al interior de Colombia (1536-1537). Aportes para una antropología del asco”, *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, 30-49 (2015), p. 114.

⁴⁵ Juan de CASTELLANOS: *op. cit.*, p. 441.

Veteranos y chapetones: la experiencia frente a la bisoñez

La experiencia de los veteranos de Indias derivaba del aprendizaje y adaptación a las condiciones de combate y supervivencia en Tierra Firme. Sin embargo, pese a constituir un elemento esencial para todo proceso maestro-aprendiz, en los prolegómenos se detecta cierto rechazo por parte de los recién llegados o “chapetones”. Los primeros habían modificado su equipamiento de combate, prefiriendo el algodón al hierro porque ampliaba su protección de las flechas y era más liviano durante los desplazamientos, lo que a los recién llegados parecía «cosa muy rústica y basta», siendo motivo de burlas hasta comenzada la batalla. Se trata de cambios derivados del aprendizaje empírico de los veteranos sobre el terreno para moverse con mayor facilidad y eficacia en la espesura ante un adversario rápido, huidizo y letal: «porque para la guerra de los indios y contra los indios está averiguado ser muy mejores obras las de algodón que las de hierro ni acero, por muchas razones», por eso destaca que «los soldados en las Indias preparan y defienden sus personas y caballos desde la cabeza hasta la cola, sin que en ninguna parte les puedan herir».⁴⁶

Las «muchas razones» que alegan tienen que ver fundamentalmente con la movilidad y fatiga en un terreno abrupto y de extrema humedad y, por supuesto, con la protección integral que ofrece una cobertura flexible del peto o sayo de algodón, frente a los huecos de las armaduras tradicionales por donde las temidas flechas envenenadas pueden hallar forma de ofender. En ese sentido, las crónicas nos permiten aproximarnos a los detalles del comportamiento indígena en el combate, pues los cronistas refieren que atacaban como vivían, prácticamente desnudos, ornamentados con pintura de guerra y «algunas plumas y plumajes de guacamayos», armados fundamentalmente con arcos y flechas ungidas con algún tipo de ponzoña en la punta,⁴⁷ como detallan los versos de Juan de Castellanos:

Innumerables eran los salvajes,
a su modo feroces y gallardos,
compuestas las cabezas con plumajes,
proveidos de lanzas y de dardos,
de flechas venenosas los carcajes.

⁴⁶ Pedro de AGUADO: op. cit., p. 64.

⁴⁷ *Ibíd.*, pp. 60-61. Cabe destacar también la breve aproximación a esta problemática desarrollada por Hermes TOVAR PINZÓN: *Relaciones y visitas a los Andes: Siglo XVI Tomo V. Región de los Llanos*, Bogotá, Ediciones Uniandes, 2010.

El carácter anfíbio del combate indígena en contextos fluviales como las aguas y riberas del Magdalena se sostiene sobre dos elementos fundamentales. Por un lado, un desplazamiento silente y veloz en la ofensiva a través del uso táctico de la canoa. Por otro, la alta letalidad de sus ataques frente a un enemigo aparentemente mejor dotado, tiene que ver con el empleo generalizado de flechas envenenadas que, si bien no ocasionaban la muerte inmediata, «en breve tiempo vería una irremediable mortandad» como consecuencia de la ponzoña con la que embadurnaban sus puntas.⁴⁸ Estos flecheros se valían de sustancias como la obtenida del hongo *dendrobatidina* presente en la piel del sapo, o bien de origen vegetal, como las crónicas atribuyen a los grupos caribes y chimilas más próximos a Santa Marta, quienes empleaban «el remedio de la ponzoñosa yerba que en las flechas ponen, cuyas pequeñas heridas, como se ha dicho, son irremediables».⁴⁹ De iguales características era la yerba utilizada por los muzos, lo que nos habla de una convergencia de los distintos grupos de nativos en esta práctica bélica en torno al Magdalena, expertos «en manejar arco y flechas» ungidas con «yerba brava».⁵⁰ El efecto que la ponzoña generaba se puede aproximar a una necrosis severa de la zona próxima a la herida, como gráficamente describe Aguado:

El vigor de su ponzoña causa que las carnes del propio herido en vida se le van cayendo á pedazos, dejando los huesos descarnados de todo punto, y perdiendo la humana carne su propio color, se convierte en otro como azul y morado que casi no se deja entender.⁵¹

Se trata de un arma “letal”, pues como los antiguos alertaron a los chapetones, si caían heridos por una de esas flechas bravas, no habría remedio castellano que pudiera salvarles. Así lo destaca también Fray Pedro de Aguado asegurando que «no sería parte ninguna antigua experiencia de cirujanos ni letras de médicos que en su campo trajere á remediar las vidas de los que fuesen heridos», pues «muy pocos ó ningunos escapan, y por la mayor parte mueren rabiando y envarados, yertos y pasmados».⁵²

Tipos de combate fluvial indígena: táctica y oportunidad

Los contactos acaecidos en las costas de Tierra Firme durante los primeros años del siglo XVI generaron en la región un incremento notable de la hostilidad indígena que

⁴⁸ Pedro de AGUADO: op. cit., pp. 59 y 46.

⁴⁹ Ibídem, p. 60; y Enrique Alejandro BAUTISTA QUIJANO: *Cuerpos anfíbios, soma y sema del cuerpo prehispánico, la otra medida del cuerpo a través del tiempo y el espacio: análisis bioarqueológico sobre las urnas funerarias en cerámica de los valles alto y medio-bajo del Río Magdalena*, Bogotá, UNAL Colombia, 2013, pp. 27 y 284.

⁵⁰ Pedro SIMÓN: op. cit., p. 60.

⁵¹ Pedro de AGUADO: op. cit., p. 73.

⁵² Ibídem, pp. 46 y 59.

condicionó las relaciones posteriores. En el progresar castellano río arriba a partir de la tercera década de esta centuria, las crónicas reflejan casos en los que parece experimentarse un prístino contacto que conserva la ingenuidad de la primera vez, justificados quizá por la dificultad de las comunicaciones en terrenos tan abruptos, así como las propias enemistades interétnicas que pudieran evitar poner en preaviso a grupos rivales. Sin embargo, en la mayor parte de los encuentros, la experiencia de relaciones previas y la lentitud del avance hacen que los receptores anticipen su llegada; como sucedió en la entrada de Quesada en los territorios del señor de Tamalameque, donde tenían noticias del conquistador de origen alemán, Ambrosio de Alfinger, quien desde Venezuela protagonizó un traumático desenlace.⁵³ En este sentido, la violencia predominó durante esta fase inicial, pudiendo documentar los dos tipos de contacto violento planteados por Wagner en su modelo tipológico de contacto intercultural para el contexto mediterráneo clásico, tanto enfrentamientos abiertos como enmascarados.⁵⁴

La violencia estaba muy presente en una región de contacto permanente pues, tanto desde la arqueología como desde la etnografía, podemos confirmar el empleo del río como escenario de los conflictos interétnicos prehispánicos reflejado incluso en el mito chimila *el castigo*, en el que se relata una guerra en el gran río, además de remarcar la rivalidad interétnica: «donde hay Karíbi, los Chimila no pueden vivir».⁵⁵ En ese sentido, las estrategias de guerra fluvial desarrolladas en los numerosos enfrentamientos contra los castellanos, revelan una profunda experiencia de combate anfibio empleando las canoas y su versatilidad como instrumento táctico esencial.

En este punto se antoja fundamental hablar brevemente de la canoa, pues su empleo en combate es referenciado de forma constante en las crónicas, lo que goza de cierta lógica tratándose de relatos de conquista y contacto eminentemente hostil, pero también nos habla de protagonismo total de la canoa en la guerra fluvial. En palabras de Fray Pedro de Aguado vemos como la percepción castellana es clara respecto a la experiencia y pericia indígena sobre la canoa, al afirmar que para los pobladores de las riberas la «guerra es por el agua».⁵⁶ Es decir, la canoa estaba siempre presente tanto en el combate como en la aproximación a este, pues el dominio del elemento fluvial a través de la canoa les proporcionaba, junto a la superioridad numérica, una suerte de

⁵³ Pedro SIMÓN: op. cit., pp. 70-71.

⁵⁴ Carlos WAGNER: “Comercio, colonización e interacción cultural en el Mediterráneo antiguo y su entorno: ensayo de aproximación metodológica”, en José Luis LÓPEZ CASTRO (ed.), *Colonos y comerciantes en el Occidente mediterráneo*, Almería, Universidad de Almería, 2001, p. 34.

⁵⁵ Gerardo REICHEL-DOLMATOFF: “Mitos y cuentos chimilas”, *Boletín de Arqueología*, 1:1 (1945), p. 13. Se trata de una rivalidad previa a la llegada castellana como refleja Juan FRIEDE: op. cit. pp. 15-16. Además, sobre la diversidad étnica en la región, la conflictividad y estigmatización entre grupos véase Daniel Miguel NIEVA SANZ: “Dinámicas de contacto, etnicidad y cultura fluvial en la cuenca del Magdalena: una aproximación etnohistórica a partir de las crónicas castellanas”, en Lilyam PADRÓN y María del Mar BARRIENTOS (eds.), *Entre Europa y América: el mar y la primera globalización*, Vitoria, Editorial UPV, 2023, pp. 303-316.

⁵⁶ Pedro de AGUADO: op. cit., p. 89; y Juan de CASTELLANOS: op. cit., p. 442.

contrarresto de la aparente diferencia en lo relativo al armamento ofensivo y defensivo (armas de fuego, artillería ligera, elementos de protección corporal, etc.).

También en el plano simbólico la canoa ejercía un papel preponderante, pues las crónicas describen como sus tripulantes se ornamentaban con pinturas y plumajes de guerra a la hora de combatir, en un alarde visual que constituía una fuerte escenificación del poder tanto para el “nosotros”, como forma de consolidación interna, como para los “otros”, ya sean castellanos u otros grupos indígenas, como estrategia clara de intimidación.⁵⁷

En este sentido, analizando la conflictividad durante la expedición de Quesada y los intentos fallidos pocos años antes, se categorizan a continuación las cuatro propuestas tácticas indígenas con mayor presencia en las fuentes. Todas ellas giran en torno a una asimetría aparente, pues si bien los castellanos gozaban *a priori* de unas condiciones para la guerra óptimas, los indígenas conocían el escenario de batalla a la perfección y superaban a estos en número:

a) *Hostigamiento fluvial*

La canoa constituye el principal instrumento de guerra para los indígenas en un escenario fluvial preferente para el combate. En lo que al bajo Magdalena se refiere, cabría recuperar la primera entrada por el delta en la que Jerónimo Melo tuvo que dar la vuelta al percatarse de «mil canoas vieron llenas de indios por delante», que los hostigaron con flechas hasta que salieron de nuevo al mar. En este punto es interesante el modo de avisar de la presencia castellana en el río por medio de caracolas marinas.⁵⁸ Del mismo modo, las escaramuzas del capitán Sanmartín durante el gobierno de García de Lerma (1528-1535) fueron interceptadas por «gran cantidad de canoas llenas de indios armados con gran cantidad de flechas». ⁵⁹ Sin duda, este enfrentamiento desvela el protagonismo de este escenario fluvial y cenagoso donde la menor destreza de los castellanos hacía que estos sufrieran grandes daños y pérdidas.

b) *Estrategia de ofensiva directa*

También se registran ataques cuidadosamente organizados como el producido durante la espera de los bergantines en La Tora junto a todos los convalecientes, cuando

⁵⁷ Juan de CASTELLANOS: op. cit., p. 457; y Julián MOYANO DI CARLO: *Mucho más que barcos: una aproximación teórica a las funciones, capacidades náuticas, bases materiales y dimensión social de la tecnología naval prehistórica*, Oxford, BAR International Series 2901, 2018, p. 78. En lo relativo a la dicotomía “nosotros y los otros” como condicionante de las dinámicas de contacto véase Tzvetan TODOROV: *Nosotros y los otros: reflexión sobre la diversidad humana*, Ciudad de México, Siglo XXI, 1991.

⁵⁸ Juan de CASTELLANOS: op. cit., pp. 402 y 457.

⁵⁹ Pedro de AGUADO: op. cit., pp. 53-4.

aparecieron «á guerrear [...] más de quinientas canoas de indios muy belicosos que con su enherbolada flechería estaban dando batería».⁶⁰ En las crónicas se recoge con precisión que los distintos grupos y subgrupos *karib* conformaban una «nación marinera, belicosa y fuerte»,⁶¹ cuya destreza en estas lides constituía una mixtura entre lo devenido de su origen también fluvial y su proceso adaptativo en un contexto multiétnico, donde la competencia por los distintos nichos ecológicos había sido la tónica habitual desde su incorporación al valle del Magdalena a partir de los siglos VIII y IX.⁶²

c) *Ataques de oportunidad*

En una situación de desventaja, al menos tecnológica, el aprovechamiento de la oportunidad se revela imprescindible. En este sentido, cuando la columna dejaba desprotegidos a los enfermos y heridos en su progresar por la orilla del río, al «vellos los indios desde su navío», aprovechaban la oportunidad y «los mataban y echaban en el río» arrojando los cuerpos a los caimanes. Se trata de un contratiempo recogido por distintas crónicas que indican la confusión que esto generaba al notar la ausencia, teniendo que fijar guardia a caballo para «vellos y guardallos».⁶³

d) *Imposturas y ataques sorpresivos*

Del mismo modo que la oportunidad aporta ventaja al desventajado, la sorpresa ejerce un efecto similar, siendo esta aprovechada también por los canoeros en algunos de los lances recogidos por las crónicas.⁶⁴ Los testimonios recogen cómo los grupos indígenas usaban estrategias de tipo emboscada como hicieron también los grupos guanches en el contexto de la conquista del archipiélago canario o mexicas en Mesoamérica.⁶⁵ En el caso anfibio que nos ocupa, la canoa ejerce como instrumento táctico fundamental a la hora de llevar a cabo estos golpes de mano aprovechando momentos en que la hueste está “ranchado”, para con sigilo o bien «dando muestras de fingida paz», se

⁶⁰ *Ibíd.*, p. 108.

⁶¹ Jorge ISAACS y Miguel A. CARO: *Estudio sobre las tribus indígenas del Magdalena*, Bogotá, Iqueima, 1951, p. 210.

⁶² Carlos Eduardo LÓPEZ: “Arqueología del Bajo y Medio Río Magdalena: Apuntes sobre Procesos de Poblamiento Prehispánico de las Tierras Bajas Tropicales Interandinas de Colombia”, *Revista del Museo de La Plata*, 4-2 (2019), p. 294.

⁶³ Juan de CASTELLANOS: *op. cit.*, p. 440; y Pedro SIMÓN: *op. cit.*, p. 77.

⁶⁴ No interpretamos la evaluación de fuerzas propias y contrarias como signo de debilidad, sino como la reflexión previa a la hora de escoger una táctica de combate. De hecho, más tarde, cuando descienden los bergantines sin el grueso operativo de la hueste y con los enfermos y heridos a bordo, el ataque indígena se produce de forma distinta, pues encaran a las naves castellanas con numerosos efectivos ornamentados para la guerra. Aplican tácticas distintas en distintas coyunturas.

⁶⁵ Javier GARCÍA DE GABIOLA: “La conquista de las Canarias: un ensayo bélico para América (1402-1501)”, *Medievalia*, 51 (2019), p. 163; e Isabel BUENO BRAVO: *op. cit.*, p. 201-205.

aproximaban «en sus canoas» y lanzaban su «rociada de flechas». ⁶⁶ Estos rápidos ataques eran sucedidos por una huida rápida río abajo, lo que permitía a la misma “unidad” repetir una y otra vez la maniobra ocasionando un desgaste pequeño pero continuo; generando un efecto psicológico de gran calado al incrementar una sensación constante de vulnerabilidad. De nuevo, el dominio del río y la canoa permiten a los grupos indígenas llevar la iniciativa en los distintos lances que se van produciendo a lo largo de la expedición.

En este sentido, el mejor ejemplo de impostura complementada con un ataque a gran escala, organizado y sorpresivo, lo encontramos en el descenso de los bergantines al mando del licenciado Gallegos con la misión de transportar de vuelta a los heridos y enfermos de la expedición. Como refleja la tabla 3, en el caso de la expedición de Quesada el carácter anfíbio de la estrategia termina cuando los bergantines pierden capacidad de avance y, pese a un nuevo ejemplo de adaptación en el que se emplean embarcaciones indígenas para subsanar la carencia de las propias, la llegada a La Tora termina por significar un punto de inflexión en el que la expedición se parte. Gallegos se volvió río abajo a Santa Marta al mando de los 5 bergantines cargados con unos 150 enfermos y heridos, incluyendo una mínima guarnición por seguridad. ⁶⁷ Por su parte, a Gonzalo Jiménez de Quesada le movió la esperanza derivada de los panes de sal interceptados y las «telas con mil diversidades de pinturas», pues lo interpretó como señal inequívoca de «provincia rica de tierra». ⁶⁸ Así, continuó por la Sierra del Opón con menos del 25% de los efectivos que componían la expedición al inicio, lo que revela un mortalidad altísima hasta alcanzar y conquistar la altiplanicie bogotana por tierra: «de setecientos hombres que sacó de Santa Marta no quedaron vivos cuando llegó al nuevo reino de granada que descubrió conquistó y ganó y pobló el dicho adelantado, su hermano, sino ciento y sesenta y cinco». ⁶⁹

⁶⁶ Pedro SIMÓN: op. cit., p. 85.

⁶⁷ Juan de CASTELLANOS: op. cit., p. 449; Lucas Fernández de PIEDRAHÍTA: op. cit., p. 123; y Pedro SIMÓN: op. cit., p. 94.

⁶⁸ Pedro de AGUADO: op. cit., p. 96; y Lucas Fernández de PIEDRAHÍTA: op. cit., p. 124.

⁶⁹ *Méritos y servicios: Gonzalo Jiménez de Quesada*, Santa Marta, 5 de julio de 1576, AGI, Patronato, 160, N. 2, R. 1. Tras ello se fundó Santa Fe de Bogotá en 1538, *Título de ciudad para el pueblo de Santa Fe*, 27 de julio de 1540, AGI, Patronato, 195, R. 6, fol. 1r.

Cronista	La Tora	Caballos	Siguen	Vuelven
Aguado	<400	-	<200	-
Sanmartín/ Lebrija	-	-	170	-
Castellanos	350	-	200	150
Acosta	360	60	200	160
Piedrahita	246	62	166	80

Tabla 3. Tabla que recoge los efectivos cuando llegan a La Tora (Elaboración propia)
Fuente: Aguado p. 110; Samartín/Lebrija f.2r; Castellanos p. 449; Simón pp. 94 y 101;
Acosta p. 120 y Piedrahita p. 124.

La ofensiva de canoas sobre los bergantines era un riesgo considerable para tener en cuenta desde tiempos del gobernador García de Lerma. Un precedente que había de asumir la flotilla en un escenario ya “quemado”, donde se produjeron alianzas entre jefes tribales que se coaligaron «de muy lejos» a fin de «juntar armada de más de dos mil canoas llenas de gente de guerra, con designio de tomar á mano los bergantines». ⁷⁰ En este sentido, resulta muy pertinente poder analizar un claro ejemplo de impostura como táctica indígena empleada. La vulnerabilidad de los bergantines era evidente teniendo en cuenta que la mayor parte de la hueste continuó la empresa por las Sierras del Opón, mientras que los pocos sanos veían cómo los «que venían enfermos, cada día morían» sin otro miramiento que arrojarlos por la borda siendo el río su única mortaja. ⁷¹ El propio Quesada, en palabras recogidas por Castellanos, afirmó que «la gente que nos queda por espalda son indios atrevidos». ⁷²

Por tanto, el deshacer la táctica de apoyos tierra-agua para priorizar el avance de la expedición, condenó a las naves en su vuelta a Santa Marta. Cerca de medio siglo más tarde encontramos en la península un ejemplo claro de la necesidad de contrarrestar la vulnerabilidad de embarcaciones en cursos fluviales, mediante el empleo de esta táctica de apoyos y avance simultáneo. Se trata de un traslado de municiones y artillería a través del río Tajo en los prolegómenos de la unión de coronas, alertando de la necesidad de que el ejército dividido «marchase por la una parte del rio y el otro por la otra» dando cobertura constante a las «barcas de los bastimentos y municiones» que irían «en medio». En el caso del Magdalena y dada su envergadura, el progresar se hizo por una ribera siendo esta la de seguridad de las naves, pero, en ningún caso, dejándolas desprotegidas como sucedió en el regreso de Gallegos; pues como se incide en el documento

⁷⁰ Pedro de AGUADO: op. cit., pp. 83 y 50.

⁷¹ Pedro SIMÓN: op. cit., p. 95; JIMÉNEZ DE QUESADA: op. cit., fol. 2r.

⁷² Juan de CASTELLANOS: op. cit., p. 445.

análogo comentado, se debe evitar que las naves fueran «offendidas e impedidas del enemigo». ⁷³

La desmoralización estaba servida pues, además de las dificultades, el regreso a las puertas de la “gloria” hacía mella en unos hombres cuya principal motivación era la consecución de fama a través de la conquista de nuevos territorios logrando así riquezas y ascenso social. Por tanto, Juan de Gallegos y los soldados aún operativos, descendieron el río abiertos a la posibilidad de hacerse con algunas migajas si se presentaba la ocasión, desobedeciendo la orden sobre su regreso directo a Santa Marta. Ante la «promesas y ruegos» del indígena bautizado como Alonso, anteriormente «jeque de la provincia de Tamalameque», optaron por rodear y detenerse «por no volverse de tan largas vías, las manos en los senos vacías». ⁷⁴

La descripción del proceder del indígena Alonso, presunto instigador de la emboscada, nos habla de la común mimesis y/o *mimicry* en procesos de conquista y aculturación donde se producen situaciones en las que la sumisión simulada se emplea como instrumento de supervivencia. ⁷⁵ En este caso, conocedor de que eran más «los enfermos que los sanos [...] comenzó a llamar y juntar gentes guerreras». ⁷⁶ Es decir, desde un punto de vista estratégico, es lógico que ante la precariedad de columna que continuó hacia adelante con Quesada a la cabeza y escasas posibilidades de subsistir, se procurara cortar el regreso y aviso de estos bergantines para cercenar las posibilidades de continuidad de la ocupación exógena.

En definitiva, el ataque a la flotilla de Gallegos fue el desenlace de todas las fricciones generadas y un alarde de organización militar indígena notable que desembocó en una «guerra naval por el río» de enorme envergadura, según coinciden las crónicas. ⁷⁷ También Castellanos se refiere a esta batalla «cruel y sangrienta», remarcando el gran número de indígenas que emboscaron a la flotilla en el río Grande ocupado por «mil canoas [...] y por todas sus playas grandes fuegos». ⁷⁸ La presencia de hogueras en las márgenes alimentadas de forma constante con «leña seca que tenían prevenida para el efecto», ⁷⁹ procuraba no dar descanso al combate en la noche y eliminar cualquier vía de desembarco o escape a los castellanos; lo que de nuevo nos habla de la importancia de la táctica simultánea en expediciones fluviales, donde la hueste a pie apoya a las naves en las riberas. De hecho, las situaciones en las que las naves tuvieron que aproximarse a la orilla, fueron escenario de combate directos en que, a la gente desembarcada, les arrancan «las barbas con las pieles [...] despedazan y los matan con tormentos que

⁷³ Lisboa, 17 de marzo de 1579, Archivo General de Simancas (AGS), Guerra y Marina, Leg. 89, doc. 61.

⁷⁴ Juan de CASTELLANOS: op. cit., p. 452.

⁷⁵ Michael TAUSSING: *Mimesis and alterity: A particular history of the senses*, Nueva York, Routledge, 1993.

⁷⁶ Pedro SIMÓN: op. cit., p. 98; y Juan de CASTELLANOS: op. cit., pp. 452-457.

⁷⁷ Juan de CASTELLANOS: op. cit., p. 457; y Pedro SIMÓN: op. cit., p. 98.

⁷⁸ Juan de CASTELLANOS: op. cit., p. 452.

⁷⁹ Pedro SIMÓN: op. cit., p. 98.

pasan de crueles», empleando también desde las naves castellanas, dos versos de bronce a una distancia tan corta que «piernas, muslos y brazos descoyunta». ⁸⁰ Y es que la artillería, «los versetes trastornaban canoas, y morían muchos», sin que ello frenara la embestida. ⁸¹

En lo que respecta al combate en el agua, las flechas eran resistidas con los toldos tendidos en defensa quedando «como pellejo de erizo», nueva muestra de adaptación y aprendizaje previo, aunque la constante caída de proyectiles inutilizaba *de facto* las naves, pues «ni se podía bogar ni sacar la mano fuera de bordo». ⁸² Por último, cabe destacar en el plano náutico, cómo los movimientos de los numerosos remeros en las canoas indígenas evocaban en combate al sistema de propulsión característico de las galeras mediterráneas, lo que lleva a los primeros observadores a referirse en algunos casos a las canoas como galeras, especialmente cuando se trata de un contexto de “guerra naval” frente a un gran número de ellas. ⁸³ Así relata la escena Fray Pedro Simón:

Cubierto el río de canoas, tan llenas de indios empenachados de rica plumería que á no venir á guerra tan sangrienta, fuera alegría mirarlos, y con esto tan prevenidos de flechas, dardos, macanas y tiraderas, sonaban para incitarse á la guerra, en lugar de trompetas, muy gruesos caracoles marinos que como eran muchos en el río y la tierra, las voces gruesas resonaban los ecos y de noche eran bastantes á poner temor á diez ejércitos. ⁸⁴

Conclusión

En suma, los datos obtenidos en el presente estudio de caso y su contribución pueden resumirse en aquellos relativos a la hueste indiana, en términos cualitativos y cuantitativos, y los vinculados con la adaptación de esta a un contexto y a un combate extraordinariamente exigente. En lo relativo a la composición y organización de la hueste, el número de efectivos de partida superaba a muchas de las más significativas del periodo, lo que revela su relevancia pretendida pese a terminar por equipararse a las cifras coetáneas una vez superada altísima mortalidad de la fase fluvial. Es decir, si bien el presente caso encaja en el marco de trabajos precedentes respecto a la organización, financiación y motivaciones de las huestes de conquista, la paupérrima situación en origen la

⁸⁰ Juan de CASTELLANOS: op. cit., p. 456.

⁸¹ Pedro SIMÓN: op. cit., p. 99.

⁸² Juan de CASTELLANOS: op. cit., p. 457; y Pedro SIMÓN: op. cit., p. 98. En este aspecto, podemos destacar otro tipo de cobertura con parapetos de madera presentes en el combate lacustre mesoamericano explicados por Isabel BUENO BRAVO: “La guerra naval entre los aztecas”, *Estudios de cultura náhuatl*, 36 (2005), p. 201.

⁸³ Juan de CASTELLANOS: op. cit., p. 453.

⁸⁴ Pedro SIMÓN: op. cit., p. 98. También se documenta el uso de caracolas en Juan de CASTELLANOS: op. cit., p. 457.

convierte también en una empresa de “auxilio propio”, aunque entendido este como una huida hacia adelante en la que, no se sale de lugar seguro, sino que se avanza con el fin de asegurar lo dejado atrás.

Por otro lado, el dominio náutico y el aprovechamiento del conocimiento indígena adquirido a través de siglos de adaptación al curso fluvial, permite acercarnos a unas tácticas de combate cuyo estudio y clasificación, no inmutable, puede facilitar su futura comparación en distintos contextos y latitudes americanas. De hecho, el contraste resulta especialmente significativo, ya que las exigencias del río limitaron el apoyo náutico, lastraron el avance a pie y generaron una mortalidad altísima por todas las vías posibles. Este escenario nos permite estudiar la puesta en práctica de una estrategia de avance simultáneo con apoyos tierra-agua, articulada sobre la experiencia de los primeros castellanos que lo intentaron mediante “prueba y error” en los años precedentes. Además, las condiciones anfibia tanto en el avance como en el propio combate obligaron a rápidos procesos de aprendizaje y adaptación, relacionados con la modificación del equipamiento defensivo o con el empleo de embarcaciones indígenas cuando las propias perdían operatividad; es decir, un aprendizaje empírico que resulta vital para estos primeros pasos en un mundo que desconocen y temen.

En definitiva, se ha podido analizar ese proceso forzado de adaptación, cuya articulación se apoya en la traslación de códigos y percepciones propias que permiten comprender la nueva realidad mediante analogías, tanto para el medio como para el adversario y su forma de combatir. Este proceso embrionario en las primeras décadas del siglo XVI, no solo nos permite conocer las particularidades del combate anfíbio en América, sino también la conformación del conocido “hombre de frontera” en un nuevo escenario donde, tras los primeros hombres de armas, comenzará a articularse también toda una pléyade de sujetos transfronterizos de distinta índole, que jugaran papeles esenciales en la configuración sociopolítica en ciernes.